

A medida que se ha ido civilizando el mundo, esas tribus se han hecho cada vez más numerosas, ya sea por medio de alianza, ó más bien, por conquista.

En los primeros tiempos, cada vez que fallecía el jefe de la tribu, se nombraba otro por elección, pero cuando las tribus aisladas llegaron á agruparse en Naciones, ya no era posible dicha elección y se estableció el poder absoluto hereditario, sujeto siempre á uno que otro cambio, cuando se hacían insoportables los príncipes y entonces subía el gobierno otra dinastía.

En estos tiempos, solo subsiste legalmente el poder absoluto en China y otros países del Asia, así como en el Africa; puesto que en Europa, ya ningún país está regido por esa institución; aun los países clásicos del despotismo: Rusia y Turquía, se rigen ahora por el sistema parlamentario.

Situación equívoca de algunos gobiernos latino-Americanos.

Este sistema en su más amplia aceptación, constituye el régimen republicano y es el único que rije en América, de derecho, y aunque en los países más atrasados no existe aún de hecho, no puede ser esta situación anormal muy duradera, puesto que, estando consignados en sus respectivas constituciones los principios democráticos, tarde ó temprano tendrán que imponerse.

Como en estos países están tan arraigadas las formas republicanas, los que llegan á imponerse para gobernarlos autocráticamente, tienen que respetar la forma, so pena de que la Nación entera se levantara contra ellos.

De esta circunstancia resulta el caso bastante curioso, de que aparentemente hay elecciones; que las cámaras están compuestas de representantes del pueblo; que los Estados (en los que rige el sistema federal) conservan su soberanía y los ayuntamientos su independencia; y en realidad sólo existe el poder absoluto de un hombre que gobierna sin más ley que su voluntad, y oprime al pueblo sin otros límites que su conciencia, su conveniencia y la resistencia que encuentra en el mismo pueblo.

Para poder aparentar que se respeta la Constitución, se adoptan oficialmente todas las fórmulas republicanas; todos los funcionarios protestan solemnemente cumplir la ley; todos sus actos recorren todos los trámites legales, resultando de esto, un lenguaje convencional, hipócrita, que falsea todo y en el cual nadie cree, aunque todos aparentan lo contrario por el terror que infunde el poder absoluto, y porque toda la Nación se ha acostumbrado al disimulo. Los periodistas que llaman á las cosas por su nombre y que intentan quitar la máscara á esos hipócritas tiranos, se les persigue encarnizadamente; pero eso sí, se les castiga conforme á la ley, aunque para esto sea necesario darles tormento á los códigos.

Por estas razones es tan erróneo el juicio que se forman en el extranjero y aun en el mismo país donde pasa tal cosa, pues mientras unos afirman que hay libertad, otros lo niegan; y como éstos últimos son los menos, y para hacerlo tienen que ser muy prudentes, resulta que poco á poco se va falseando hasta la opinión pública, tan perspicaz en

los pueblos libres, en donde es iluminada por los genios de la idea y de la pluma.

Lo que debe entenderse por poder absoluto.

Para vencer esa dificultad y contestar á todos los sofismas de los defensores del poder, encontraremos una regla segura en las enérgicas palabras de Montesquieu, escritor profundo y sagaz que con sus luminosos escritos fué de los que prepararon los espíritus para la gran revolución de 93.

«Lo que se llama unión en un cuerpo político, es una cosa muy engañosa: la verdadera, es una unión de armonía que hace que todas las partes por más opuestas que parezcan, concurren al bien general de la sociedad, como las disonancias en la música, concurren al acorde total. Puede existir unión en un Estado, en donde se cree ver perturbaciones, es decir, una armonía de donde resulta la felicidad que es la paz verdadera. Pasa como con las diferentes partes del universo, eternamente ligadas por la acción y la reacción de unas á otras.

«Pero en todo acuerdo del despotismo asiático, es decir, de todo gobierno que no es moderado, siempre existe una división real: El labrador, el guerrero, el negociante, el magistrado, el noble, no están unidos, sino porque los unos oprimen á los otros sin resistencia; no es la de los ciudadanos que están unidos, sino la de cuerpos muertos enterrados los unos cerca de los otros.»

En otra parte estampaba el mismo escritor esta frase lacónica y vigorosa: «en esa clase de gobierno, «EL HOMBRE ES UNA CREATURA QUE OBEDECE Á UNA CREATURA QUE QUIERE.»

Por consiguiente la mejor prueba de que un país está gobernado por un poder absoluto, es que no hay oposición ostensible, que no existen partidos políticos, que la prensa independiente apenas existe y es muy tímida, y por último, la más concluyente de todas, es que los funcionarios públicos resultan siempre electos por unanimidad de votos, y que con la misma unanimidad aprueban las cámaras los actos del gobierno.

Esta gran verdad no necesita demostrarse, pues cualquiera que haya estudiado algo de historia ó que esté al tanto de la política Europea contemporánea, se podrá convencer de que en los países más bien gobernados, donde hay más libertad, donde el progreso es más patente, es donde existen poderosos partidos políticos que hacen oposición á los actos del gobierno que no están de acuerdo con los ideales que ellos persiguen.

En Francia, que en la actualidad es el país más democrático del mundo y que tiene al frente de sus destinos al eminente patriota y estadista Señor Clemenceau, la oposición de las cámaras es formidable y frecuentemente determina cambios ministeriales; el actual Gabinete sólo se ha sostenido, porque ha sabido llevar con acierto las riendas del gobierno en circunstancias verdaderamente peligrosas, habiendo respondido de este modo á las más altas aspiraciones de la República.

En los Estados Unidos, cada cuatro años presenciemos las gigantescas luchas electorales entre los dos grandes partidos que dividen la opinión: el demócrata y el republicano.

En Inglaterra, primer país donde encontró refu-

gio la libertad, después de su destierro de Roma, existen dos poderosos partidos políticos: el Tory y el Whig que se alternan el poder cada vez que el que está al frente de los destinos de tan vasto Imperio no satisface las aspiraciones nacionales reflejadas en el voto del Parlamento.

En España, nuestra madre patria, cuyas virtudes y cuyos defectos forman la base de nuestro carácter, también están en constante lucha el partido liberal y el conservador que se alternan en el poder lo mismo que en Inglaterra, Francia, Italia y demás países donde rige el parlamentarismo, cada vez que el partido que está en el poder comete faltas que lo desprestigian ante la opinión pública, todo-poderosa en aquellos países.

El poder absoluto en la antigüedad.

El régimen del poder absoluto ha existido desde los tiempos más remotos y ha sido la causa de las mayores desgracias que ha sufrido la humanidad, pues los príncipes y reyes ambiciosos, promovían constantes guerras para aumentar sus dominios; guerras de las que no siempre resultaban victoriosos, pero en las cuales sucumbían millares de súbditos.

Esas guerras casi nunca tenían otro fin que el de ensanchar los dominios de los príncipes, para satisfacer su vanidad ó su codicia, y encendían odios implacables entre los pueblos vecinos; odios hábilmente fomentados por sus príncipes para arrastrarlos á la guerra, de tal manera, que los pueblos llegaban á participar de sus pasiones.

Como la grandeza de esos pueblos dependía del talento militar de sus príncipes, resulta que cuando

estos fallecían, si sus hijos no heredaban sus talentos militares ó algunas otras virtudes que los reemplazaran, muy pronto se veían despojados de las conquistas de su padre, y frecuentemente su país, era desmembrado, cuando no sometido en su totalidad al yugo de sus enemigos victoriosos.

El poder absoluto en Egipto. La influencia del poder absoluto siempre

ha sido funesta para los pueblos: así nos enseña la historia, que Egipto debió su grandeza y llegó á un alto grado de civilización, mientras el gobierno de los Faraones estuvo contralorado y dirigido por la casta sacerdotal que en aquella época era seleccionada por medio de pruebas tremendas; mientras que, cuando esta casta perdió su influencia, los Faraones dieron rienda suelta á sus pasiones, se dedicaron á construir los monumentos más grandes y más inútiles que conoce la humanidad, sacrificando miles de esclavos en la elevación de las pirámides que debían servirles de mausoleo.

Este estado de servidumbre tan prolongada, apagó en el pueblo egipcio todo sentimiento de dignidad nacional y desde entonces lo hemos visto aceptar los yugos de sus diferentes conquistadores, con la misma impasibilidad; pero no es la impasibilidad de las almas bien templadas á quienes no arredran los más grandes obstáculos para la conquista de su libertad ó de los grandes ideales que persiguen, sino la impasibilidad de las bestias de carga para quienes es indiferente el arriero que las ha de dirigir, lo único que desean, es que la carga sea liviana. Por este motivo ese pueblo es ahora feliz bajo la dominación inglesa, porque el gran

tacto de esta Nación ha consistido siempre en hacer que los pueblos que domina, sufran lo menos posible el peso de su carga, la afrenta de su yugo.

El poder absoluto en Asia. Igual suerte han sufrido casi todos los pueblos del Asia; el continente clásico de la tiranía, del poder absoluto, de los imperios brillantes y poderosos, pero carcomidos por su base, con sus monarcas cargados de pedrerías y disfrutando de todas las magnificencias de Oriente, mientras sus súbditos arrastraban una vida miserable.

Las noticias que nos ha dejado la historia de la grandeza de aquellos imperios consiste principalmente en las descripciones del fasto, del lujo inmoderado, de la magnificencia que desplegaban los emperadores en su corte, de la tiranía tan hábil que ejercían sobre sus pueblos. Algunas veces, cuando los príncipes tenían grandes talentos militares, con esas inmensas riquezas y con tantos millares de súbditos, que diligentes obedecían las órdenes de su amo, llegaron á organizar ejércitos poderosos que fueron el azote de la tierra como Tamerlán, Atila y tantos otros grandes conquistadores cuya obra fué tan efímera como sangrienta.

Sin embargo, esos hechos de armas brillantes, y aquel fasto de los reyes, se destacan lúgubrementemente en la noche tenebrosa de la tiranía oriental, bajo la cual gimen con resignación musulmana, millares de súbditos en la tétrica obscuridad de la ignorancia.

El fruto de ese régimen de gobierno que hasta ahora ha sido el único conocido en todos aquellos pueblos, allí lo tenemos: el Egipto y la India, do-

minadas por un puñado de Europeos, el vasto imperio de la China, ansiando, sin lograrlo aún, por despertar, por sacudir la tiranía que lo tiene inmobilizado, petrificado, en la civilización que obtuvo allá en la noche de los tiempos, en que quizá estaba gobernada más liberalmente; la Turquía y la Persia teniendo vida independiente gracias á las necesidades del equilibrio Europeo, que ha puesto un freno á la ambición de las potencias que han intentado absorberlas. En estos países también se ha notado últimamente las convulsiones de un pueblo que despierta, pero es debido á la fuerza irresistible del progreso, de la civilización moderna que todo lo invade.

El único imperio asiático que se ha sustraído aparentemente á esas consecuencias es el Japonés, pero la verdad es que este pueblo rodeado por todos lados por el mar, fué más accesible á la civilización europea y le tocó la fortuna de que el actual Mikado, quizo dar libertades á su pueblo, como el mejor medio de promover su progreso, y el resultado obtenido por esa magnanimidad tan rara, ha sorprendido al mundo. En 40 años de una administración democrática, regulada por el meritísimo prestigio de su fundador, del mismo Mikado, ha hecho de un pueblo semi-salvaje, uno de los más avanzados de la tierra, no tanto por la fuerza irresistible de sus ejércitos, sino por el desarrollo intelectual y moral de que nos hablan los viajeros que de allá vienen.

El Japón nos presenta uno de los ejemplos más notables de la influencia eminentemente regeneradora de la democracia.

El poder absoluto y la
democracia en la Euro-
pa antigua.

Pasando ahora á la Europa, vemos los efectos del poder absoluto en toda su vasta extensión, hasta que los primeros albores de la libertad vinieron á iluminar el mundo en las costas helénicas.

La fuerza de ésta fué tal, que de un pueblo pequeño por su superficie, hizo uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Pero á Grecia le pasó lo que á todas las repúblicas antiguas cuando se extendían considerablemente, y es que no pudo subsistir como tal; pues sus leyes estaban hechas para formar un gran pueblo y no para gobernarlo (observación de Montesquieu), resultando de esto que cuando llegó á un alto grado de grandeza, de poder, de riqueza y que su territorio había aumentado considerablemente por medio de la conquista, volvió á caer en manos del despotismo y vino Alejandro el Grande, aprovechando todos los elementos acumulados por la fuerza de la democracia, á asombrar al mundo con sus épicas glorias, fundando el más grande imperio de la tierra, pero cuya grandeza no le impidió desmembrarse á la muerte de su fundador.

Sin embargo, las ideas democráticas estaban tan arraigadas en Grecia, que después de esta corta epopeya militar, siguió la Grecia dividida en muchas repúblicas hasta que cayó bajo el yugo romano.

La semilla de la libertad que tan ópimos frutos había dado en Grecia, fué llevada por las olas del mar á las playas itálicas, en donde floreció pu-

jante y vigorosa dando nacimiento á la República Romana, que debido á la fuerza de sus principios, á la pureza de sus costumbres republicanas, á la dignidad de que se sentía investido todo ciudadano romano, llegó á tal poderío, que conquistó todo el mundo civilizado, hasta que se doblegó bajo el peso de su misma grandeza y sufrió la misma suerte que Grecia, pero las consecuencias fueron más funestas, pues Roma en todo supo ser grande: hasta en su caída.

Las fuerzas acumuladas lentamente por la democracia romana, fueron aprovechadas por César, que se cubrió de gloria con los elementos que la república puso en sus manos para conquistar á las Galias y una vez terminada esta conquista, y á la cabeza de sus victoriosas legiones, fué á conquistar á la misma Roma, á imponerle su voluntad, á arrancarle sus libertades y á establecer los cimientos del despotismo que tan hábilmente sabría consolidar Augusto.

El gran imperio romano en manos del poder absoluto no supo subsistir; principió por desmembrarse como un vasto organismo carcomido por la gangrena, que tenía que caer postrado por su propia enfermedad. A esto se debió la ruina de Roma y no á las invasiones de los bárbaros.

Lo único que éstos hicieron, fué penetrar casi sin resistencia dentro de las fronteras del imperio romano y establecerse en él, como en país conquistado, fundiéndose muy pronto con los pueblos que lo habitaban y el amalgamiento por la acción mutua de esas dos razas, de costumbres, leyes y religiones tan diversas, dió por resultado la sociedad

de la edad media, durante lo cual tuvo una gran recrudescencia el régimen de poder absoluto, que trajo sobre la Europa una de las noches más sombrías y más trágicas.

Pero el árbol de la libertad que otras veces había florecido en Roma, había dejado abundante semilla, la cual era conservada cuidadosamente en el granero de la historia, en donde irían á buscarla para alimentar con ella su inteligencia los espíritus selectos, los amantes de la libertad, que en aquellos hechos heróicos, encontraban el verdadero alimento de su alma, el que les debía dar la fortaleza necesaria para destrozár las cadenas de la tiranía.

Reflexiones sobre el poder absoluto.

Por la breve reseña histórica que acabamos de hacer, nos podemos convencer de que los efectos invariables del poder absoluto han sido sumir á los pueblos en la obscura noche de la ignorancia, del fanatismo, haciéndoles perder la noción de su dignidad, haciéndoles olvidar el amor á la Patria. En efecto, qué amor puede tener á su patria un hombre que no tiene ninguna libertad, que es víctima de la más odiosa tiranía, que no es dueño de nada, pues hasta los seres que le son más queridos le son arrebatados para poblar los palacios de concubinas y los ejércitos de soldados; que no tiene ni un pedazo de tierra que amar, pues la que riega con su sudor, en vez de ser para él la madre solícita que lo alimenta, lo abriga y lo haga feliz, no es sino la madrastra ingrata que lo hace trabajar sin descanso y apenas le da el alimento necesario para no sucumbir de hambre; que no tiene más ejemplos que seguir,

que los corrompidos de sus príncipes; que no tiene otro alimento para su espíritu, que el amarguísimo de verse siempre víctima de la fuerza bruta, y que siempre tiene á su vista el premio al éxito, á la fuerza. Los pueblos en estas condiciones, llegan á considerar á la fuerza como una divinidad, á la que siempre rinden culto, venga de donde viniere; por eso vemos que los pueblos sujetos al poder absoluto no les importa sufrir yugo extraño, mientras que los pueblos libres defienden su libertad como el don más precioso, pues con ésta, está vinculada la propiedad del terreno, el amor á la familia, la satisfacción que encuentran las más nobles ambiciones dentro de una república, puesto que todos pueden aspirar á las más altas dignidades.

El ejemplo más notable de lo anterior, lo encontramos en Roma, vencida en las más grandes batallas por Aníbal, abandonada por casi toda la Italia que volteó sus armas contra ella, y con los ejércitos victoriosos de su poderoso enemigo á las puertas de la ciudad; luchando con gran serenidad, con inquebrantable energía, hasta vencer definitivamente á su poderoso enemigo. Antes de esa guerra que por su magnitud tuvo resonancia en el mundo entero, se había visto Roma amenazada de grandes peligros; la población llegó á estar en manos de los galos, y los romanos no eran ya dueños sino del Capitolio. Sin embargo, sus hijos nunca la abandonaron; preferían morir á ser esclavos. Muchos murieron en efecto, dando admirables ejemplos de heroísmo, como los ancianos senadores que no quisieron abandonar la ciudad y revestidos de sus altas insignias esperaron en las puertas

de sus casas, una muerte segura, pero gloriosa; mientras que los más, enardecidos por ejemplo tan sublime, vivieron para salvar á su patria querida, y con ella, á su libertad.

En cambio, esa gran Nación llega á abdicar su libertad en manos de sus audaces guerreros, se establece el poder absoluto, el pueblo pierde sus propiedades territoriales que van á ensanchar los dominios de los magnates, se ve arrancar á sus hijos para ir á morir en lejanas tierras, sus hijas para perder la honra en las suntuosas mansiones de los agraciados de la fortuna; su libertad, la va perdiendo poco á poco; ya no será el mérito el que lo eleve á ocupar los puestos públicos, sino el servilismo, la adulación, la bajeza; el que no adula, no medra; el que no se arrastra, no sube; es necesario imitar al vil gusano para elevarse por las antesalas de palacio, en vez del vuelo majestoso del águila, porque ésta presenta un blanco infalible para las certeras flechas de la tiranía.

Resultado: que el poder está en las manos más viles; que el pueblo se ha degradado, se ha entregado al vicio, imitando á sus guías naturales; y que al invadir unas cuantas tribus de bárbaros al imperio romano, se encontraron al pueblo sin deseos de defenderse, pues para él, lo mismo es sufrir el yugo propio, que el extraño, y en cuanto á sus emperadores, degenerados por la corruptora influencia del poder, tampoco tendrán la energía para luchar; intentarán detener la invasión corrompiendo á los jefes de las tribus invasoras, mandándoles presentes valiosos, pagándoles tributos que no harían sino fortalecer al enemigo á la vez que

debilitaban á su propia patria y no conseguir con esos paliativos humillantes, sino retardar por unos cuantos años la ruina de su imperio.

En compensación á tanto mal, sólo dejaron los emperadores obras materiales de gran magnificencia, que no hacían sino dar más esplendor á sus imperios, para mejor ocultar el cáncer que lentamente invadía todo su organismo.

Esas mejoras materiales, esos palacios, esos monumentos de la tiranía, construídos con sudor y con sangre, sólo han servido para avivar la codicia del invasor; de ninguna manera para contener su marcha.

Haciéndole balance al régimen del poder absoluto, vemos que ha sido la causa de todos los males de la humanidad; que en los pueblos donde se ha arraigado más hondamente, ha llegado á matar toda dignidad, todo patriotismo, y ha sido la causa de la ruina de los más grandes imperios.

En cambio, en cualquier parte donde llega á germinar la libertad, los pueblos han llegado á gran desarrollo, á un nivel muy superior de los pueblos esclavos.

También hemos observado que las Repúblicas no han podido subsistir cuando han sido demasiado grandes, pues como muy bien dice Montesquieu «Es cierto que las leyes de Roma llegaron á ser impotentes para gobernar á la República; pero es una cosa que siempre se ha visto, que las leyes buenas que han hecho que una pequeña República se haga grande, constituyen para ella una carga cuando se ha engrandecido, porque eran de tal modo, que su efecto natural era de hacer un gran

pueblo y no de gobernarlo,» lo cual demuestra que las Repúblicas deben de contentarse con su territorio y no buscar otro ideal que conservar su libertad. El único modo como pueden existir las grandes Repúblicas, nos lo han demostrado nuestros vecinos del Norte, con su magnífico sistema federativo, pues con ese sistema, es más difícil que el poder llegue á ser acaparado por uno solo, cosa que ha sucedido con frecuencia en varias repúblicas, como en Francia en donde acaparó el poder absoluto Napoleón III y en algunas de las Latino-Americanas, en donde sólo existe el sistema federal en la forma, y que con frecuencia han tenido que sufrir dictaduras militares.

Sin embargo, el poder absoluto ha existido de toda antigüedad porque es el patrimonio de los pueblos atrasados, de los pueblos ignorantes cuya imaginación no tiene otros hechos que la impresionen sino las hazañas de sus monarcas que los deslumbran con su brillo, puesto que ignorando la historia, ignoran también los altos hechos de sus antepasados, de los grandes hombres de la humanidad, y desconocen las fuerzas que puede desarrollar un pueblo libre.

Por este motivo, la instrucción, la escuela son las mayores enemigos del despotismo; los más firmes apoyos de la democracia.

El poder absoluto y la democracia en los tiempos modernos.

En el curso de este trabajo hemos encontrado algunos casos en donde se ha podido comprobar la influencia nefasta del poder absoluto en las Naciones modernas, pero en este lugar será conve-

niente investigar más profundamente los hechos, á fin de mejor demostrar la influencia del poder absoluto en esas grandes calamidades que han azotado á la humanidad y á la vez veremos como en muchos casos, el régimen democrático ha evitado serias conflagraciones europeas.

La guerra Ruso-Japonesa, fué debida á la ambición, nó tanto del Zar, sino de los grandes duques, cuya fatuidad les impidió ver el peligro que corrían, pues no apreciaron debidamente las fuerzas enemigas; y con su pereza, no prepararon las suyas, pues se ocupaban más de sus placeres que de los negocios públicos, y cuando se ocupaban de estos últimos, era tan sólo por medio de bravatas, que no hacían sino empujarlos al presipicio.

Rusia no estaba preparada para la guerra, porque la administración estaba en manos ineptas y libertinas, pues en una autocracia sólo ascienden á los puestos públicos los que saben adular al autócrata, pues los hombres dignos, que tienen ideas firmes, principios rectos, no pueden doblegarse ante un ser, en muchos casos inferior á ellos, y éste, aun menos, tolerará que haya á su derredor hombres que valgan más que él.

Por este motivo supimos por la prensa asociada las grandes faltas cometidas por la administración rusa, y la inmoralidad que existía en las altas esferas del gobierno, hasta el grado de que alguno de los grandes duques fué acusado de sustraerse los fondos destinados para curar á los heridos.

Esos abusos casi no se conocían y no era posible remediarlos, pues si la prensa independiente los denunciaba, era perseguida sin piedad, y el